

## WITTGENSTEIN: GRAMÁTICA Y METAFÍSICA

Roberto Rojo. Universidad Nacional de Tucumán

**Resumen:** En este artículo se acomete la múltiple tarea de 1) espigar los diversos textos referentes a la gramática en el segundo Wittgenstein; 2) analizar sus rasgos característicos la *arbitrariedad* y la autonomía; 3) explorar su aplicación a los problemas filosóficos; 4) conjeturar si hay algún sentido predominante; y 5) medir los alcances de la idea que vincula la gramática con la ontología y la metafísica.

**Abstract:** This paper deals with the following tasks: it 1) screens whatever references to grammar in texts pertaining to the second Wittgenstein; 2) analyses its main characteristics, namely *arbitrariness* and autonomy; 3) explores its application to philosophical issues; 4) tries to make out whether there is a dominant sense at all, and 5) measures the scope of the idea which links grammar to ontology and metaphysics.

«La desconfianza de la gramática es la primera condición para filosofar. Los hombres están profundamente embrollados en cuestiones filosóficas, es decir, gramaticales.  
Toda una nube de filosofía se condensa en una gotita de gramática».  
Wittgenstein

No resulta tarea fácil deslindar los diversos sentidos de Gramática que figuran en los distintos textos del segundo período del pensamiento de Wittgenstein ni precisar las variadas significaciones que adquieren en sus planteos filosóficos. Parte de este desconcierto proviene de que el concepto wittgensteiniano se aleja del sentido corriente de gramática, pensada tradicionalmente como rama de la lingüística que estudia la forma y la estructura de las palabras o morfología y sus interrelaciones en las frases o sintaxis. Otra fuente de incertidumbre se halla en los dispares sentidos con que nos topamos en los distintos textos sin que sea factible enlazarlos en forma semánticamente unitaria. Y hay más, este desconcierto es aún mayor si se piensa que la gramática ocupa en el último período el papel central que ocupa la lógica en el primero. Esta suerte de ambigüedad va desde su aproximación a un enfoque semántico vinculado con el uso de las palabras hasta convertirse en algo así como supremo órgano metafísico. En las zonas intermedias encontramos su identificación con la lógica y su asimilación a las características generales del lenguaje.

Acometeré la múltiple tarea de 1) espigar los diversos textos referentes a la gramática; 2) analizar sus rasgos característicos la *arbitrariedad* y la autonomía; 3) explorar su aplicación a los problemas filosóficos; 4) conjeturar si hay algún sentido predominante; y 5) medir los alcances de la idea que vincula la gramática con la ontología y la metafísica. Debido a las relaciones complejas y enmarañadas que estos

sentidos guardan entre sí no seguiré estrictamente este orden sino que servirá sólo como hilo conductor.

### 1. *El uso y la gramática*

Uno de los sentidos muy vinculado con su teoría del lenguaje indica que la gramática no *explica* sino *describe* el uso de las palabras.

«La gramática no dice cómo tiene que estar construido el lenguaje para que cumpla su propósito, para que insufla en los seres humanos de tal y cual manera. Sólo describe el uso de los signos, pero no lo explica en modo alguno». (*Investigaciones Filosóficas*, libro I, p. 496).

Esta tarea peculiar de la gramática de describir el *uso* de las palabras —tal vez el significado básico fundamental sobre el cual se apoyan todos los demás— está vinculada con la determinación del *significado* de las palabras y con la decisiva distinción de *Gramática superficial* y *Gramática profunda*. Respecto al primer tema traemos a colación algunos textos definitorios. Sin vacilaciones, los problemas del *uso* y *significación* de las palabras aparecen en los textos conectados con los referentes a las dos formas de gramática apuntadas. Veamos algunos de ellos. En el uso de una palabra se podría distinguir una «gramática superficial» de una «gramática profunda».

«En el uso de una palabra se podría distinguir una gramática superficial de una profunda. Lo que se nos impone de manera inmediata en el uso de una palabra es su modo de uso en la construcción de la *proposición*, la parte de su uso —podría decirse— que se puede percibir por el oído. Y ahora compárese la gramática profunda de las palabras “querer decir”, por ejemplo con lo que su gramática superficial nos haría suponer. No es de extrañar que nos sea difícil orientarnos». (*IF*, I, p. 664).

«Lo que quiero enseñar es: cómo pasar de un sinsentido no evidente a uno evidente». (*IF*, p. 464).

Se perfila desde ahora el concepto wittgensteiniano, fundamental de la gramática —en torno al cual se estructuran los demás—: el de *uso*, al punto que cabe hablar de una *metafísica del uso*, con la expresa remisión a la idea de juego de lenguaje y forma de vida. Los rasgos que involucra el uso, la arbitrariedad, la autonomía, su inserción contextual en juegos del lenguaje, su conformación por reglas, su entretrejimiento con comportamientos sociales y formas de vida están sin más ni más presentes en la gramática interpretada esencialmente como metafísica. En suma, si el uso depende de situaciones y contextos de una determinada comunidad lingüística, su carácter convencional explica la índole arbitraria de la gramática. Y como clave de bóveda del edificio gramatical, como raíz y fundamento de todas las especificaciones gramaticales.

les posibles están las formas de vida, según el aforismo que reza:

«Las palabras tienen significado sólo en el curso de los pensamientos y de la vida». (*Zetel*, p. 174).

*Gramática, uso y formas de vida* constituyen una bien entretrejida trama.

## 2. Sentido y sinsentido

Si el significado de una palabra no reside en un mundo de esencias inmovibles sino en las aplicaciones concretas de su uso, será tarea de la gramática describir lo que con ellas queremos decir, el sentido de lo que decimos en determinadas situaciones. ¿No es esta tarea meramente lexicográfica? No recurrimos al diccionario cuando ignoramos el significado de una palabra? No es este ni el recurso ni el propósito de la descripción gramatical de Wittgenstein que, de lo contrario, se identificaría con el sentido de gramática a que nos tiene acostumbrados la perspectiva lingüística. Por otro lado, las exploraciones de Wittgenstein no son empíricas ni científicas sino conceptuales, y en este sentido giran en torno a) de expresiones o b) de palabras en determinadas expresiones. No lanza la mirada inquisitiva tanto a la palabra «deseo» cuanto a expresiones como «deseo tal cosa», a aquellas que encierran problemas filosóficos y a las que se acometen con el propósito de despejar las perplejidades que suscitan sus embrollos. La aclaración o la disolución de los problemas filosóficos pende de un adecuado análisis gramatical que, hay que reconocer, Wittgenstein llevó a cabo hasta el cansancio y repetitivamente. Una de las cosechas de este escrupuloso examen es la determinación de expresiones, *sin sentido*, un nuevo modo de descalificar algunas expresiones no ya desde un punto de vista tradicionalmente gramatical ni invocando el sin sentido neopositivista, sino un sin sentido que se patentiza tras el escarpelo de la gramática filosófica. La clave que abre la posibilidad de distinguir el sentido del *sinsentido* está dado por la diferencia entre la gramática superficial y la gramática profunda. En el contexto de la gramática profunda importa más este sinsentido que las dos clases de sinsentido que señala T. Binkley<sup>1</sup>, fundadas en cierta analogía matemática. Uno —ejemplificado con el clásico problema de la trisección del triángulo— es tal que descubrirlo es como llegar a una prueba de que hay que detenerse o redefinir los términos so pena de incurrir en contradicción. El segundo sinsentido surge cuando se falla en la comprensión de los conceptos y de los juegos del lenguaje en cuestión. En la *Gramática Filosófica*, en una extensa sección (p. 81) pone de relieve la importancia que confería a la apuntada distinción: «Yo quisiera decir: “debo comenzar con la distinción entre sentido y sin sentido”», distinción que, como era de esperar, se inserta siempre en un determinado juego del lenguaje. del mismo modo que de acuerdo con la reglas del juego del ajedrez se considera sin sentido, por ejemplo, la superposición de dos piezas en un mismo

<sup>1</sup> Timothy Binkley: *Wittgenstein's Language*, The Hague, Nijhoff, 1973.

escaque. A mi juicio, el sinsentido revelado por obra del análisis wittgensteiniano muere más profundamente en las entrañas de la gramática, y su significación evoca la que Chomsky confiere a su distinción de *estructura superficial y profunda*, aunque con supuestos y consecuencias diferentes.

### 3. Gramática superficial y profunda. Verbos psicológicos

Ahora se puede circunscribir el ámbito de los enunciados gramaticales. Si digo «Deseo salir de paseo» y «Conozco la numeración binaria», la pregunta —y por ende la respuesta— tiene sentido diferente en los dos casos. Una respuesta a la pregunta: «¿Está usted seguro de que conoce la numeración binaria?» podría ser: «Claro, estoy seguro que la conozco». Una respuesta a la primera pregunta: «¿Está usted seguro de que desea ir de paseo» podría ser «Naturalmente que sé lo que deseo». Este es un *enunciado gramatical*, es una respuesta viable para la gramática corriente, pero no para la gramática profunda porque en realidad no tiene sentido la pregunta. Y no tiene sentido porque aquí no cabe la duda y sólo donde hay duda cabe hablar con sentido de conocimiento. Tiene sentido decir que dudo que él tiene dolor, pero es un sinsentido decir que yo dudo que tengo dolor. En el mismo caso están otros verbos psicológicos como «creo», «pienso», pues no cabe decir significativamente: «Creo que tengo dolor», «Pienso que tengo dolor». La diferencia entre el enfoque gramatical corriente y el propiamente wittgensteiniano se advierte en otro análisis como el siguiente. Las expresiones «“A” tiene una muela de oro» y «“A” tiene dolor de muelas» son análogas para la gramática que las analiza igualmente como proposiciones afirmativas de verbo transitivo con su respectivo objeto directo. Para la gramática filosófica, en cambio, hay una diferencia fundamental: en el primer caso se trata de un objeto físico que cualquiera puede poseer («Yo tengo un libro, una casa...»), mientras que en el segundo caso hablamos de una sensación intransferible: nadie puede tener el dolor suyo como nadie puede tener el dolor mío. Pero aquí nos acecha una insólita conclusión: si no tiene sentido decir «yo tengo su dolor de muela» tampoco tendrá sentido decir «yo tengo (o siento) mi dolor de muela» de suerte que estas expresiones tienen el mero rango de enunciados gramaticales, excluidos por ello de nuestro lenguaje. Importa destacar también —como lo hace M. Budd<sup>2</sup>— la asimetría de los verbos psicológicos predicados de la primera y la tercera persona; en efecto la diferencia entre «yo tengo dolor» y «él tiene dolor» es tal que tiene sentido decir: «Sé que él tiene dolor» mientras que, como sabemos, es un sinsentido decir: «Sé que tengo dolor». Esta asimetría evoca, aunque en distintos contextos, la diferencia que Austin establece entre algunas expresiones de la primera y la tercera persona de forma que, por ejemplo, «yo prometo» es un realizativo mientras que «él promete» es un constativo. Y al igual que en la distinción de Wittgenstein, también la de Austin encierra importantes consecuencias, en su caso, para la lingüística y para una concepción filosófica del lenguaje.

<sup>2</sup> Malcolm Budd: *Wittgenstein's Philosophy of Psychology*, N. York, Roulledge, 1993.

De manera similar la gramática saca a luz los dos sentidos del *yo* que si no se los distingue se es víctima de confusiones y malentendidos. Cabe así distinguir dos usos de «yo»: a) el uso *como objeto*, p.e. cuando digo «yo tengo un chichón en la frente», o «mi brazo está roto», y b) el uso *como sujeto*, cuando digo «yo veo un árbol», «yo pienso que lloverá», «yo tengo dolor de muelas». Confrontando así estos dos casos es obvio que en el primero existe la posibilidad del error, no así en el segundo, pues no carece de sentido decir que yo creía que tenía un chichón o que mi brazo estaba quebrado, pero me equivoqué mientras que incurriríamos en un sinsentido afirmar que yo creía que tenía dolor de muelas, pero me equivoqué. Nadie puede, hablando con sensatez, preguntarme si estoy seguro de tener dolor de muela. (*Blue and Brown Book*, pp. 66-7).

Pareja diferencia capta la gramática entre expresiones imperativas como «Levanta el brazo» y «Ten la intención» (Z, p. 51) o la existente entre «imaginar» y «matar»: puedo imaginar lo que no existe, pero no puedo matar lo que no existe.

«Puedo imaginarme (*vorstellen*) un ciervo en esta pradera, aunque no esté ahí, pero no puedo matar a uno que no esté ahí. Y aquí “imaginarme un ciervo en la pradera” significa imaginarme que el ciervo está ahí.... Pero si alguien afirmara “para poder imaginarme ciervo es necesario que exista en algún sentido”, se le respondería, no, no es necesario que exista en ningún sentido». (Z, p. 69).

#### 4. La identidad

Si bien Wittgenstein aplica este análisis, grávido de consecuencias filosóficas, preferentemente a expresiones de sensaciones y en general experiencias mentales también considera expresiones referidas a ciertos objetos de la percepción con idénticos resultados... Así decir que dos objetos azules tienen el *mismo* color constituye un enunciado gramatical porque en realidad cada objeto tiene su propio color, un matiz intransferible. No es el mismo color el que aparece en los objetos diferentes. Decir, en consecuencia, que dos objetos tienen el mismo color es sucumbir a la trampa que nos tiende el uso incauto de «lo mismo». Este es el caso en que la confusión reina en torno al uso de una palabra, a su connotación pragmática diríamos, junto a lo cual se hallan expresiones con la misma estructura sintáctica pero cargadas de distintas direcciones significativas.

Todas estas proposiciones —ejemplificadas con «Sé que tengo dolor»— no son empíricas sino que constituyen lo que Wittgenstein llama *proposiciones metafísicas o enunciados gramaticales* porque chocan abiertamente con las exigencias que postula la gramática filosófica: «Decir que yo siento el dolor de otro es pronunciar una proposición prohibida por la sintaxis», (3) Y es, en efecto, la gramática, y no la experiencia, la que muestra que no tienen sentido —en una nueva forma de *sinsentido*— decir que él tiene el *mismo* dolor que yo o decir que él ve el *mismo* color que yo.

En este caso no movemos en el campo de la suposición porque al decir que él

tiene dolor supongo que tiene igual dolor que yo tengo cuando digo «tengo dolor». Es verdad que puedo imaginar que él hace lo que yo hago cuando llevo a cabo el acto de ver, pero esto no determina lo que quiero decir cuando digo: «él ve»; esto es, puedo imaginar que él tiene dolor de muela, pero no puedo imaginar que tenga el dolor que tengo. La semejanza de los datos y de la experiencia no autoriza a inferir su identidad; lo más que cabe decir es que se asemejan, que mi dolor se parece mucho al tuyo. Como vimos, para Wittgenstein, la identidad de los estados mentales, de las emociones es radicalmente diferente de la identidad de los objetos físicos: nadie puede tener mi dolor, ni mis sensaciones ni mis expectativas.

«¿Puede otra persona tener mi dolor de muela? Podrías decir, “Sí, por supuesto: puede tener la misma intensidad, la misma palpación etc.” Se podría objetar “Esto significa exactamente parecidos, pero no lo mismo”. Tu respuesta entonces es tal que entiendes por “mi dolor de muela” una identidad como la de los objetos físicos. Si digo entonces que él no puede tener el mismo dolor de muelas, ésta es ahora una proposición gramatical». (*The Language of Sense Data and Private Experience*, p. 293).

Al examinar las frases de estos *verbos o conceptos psicológicos* Hacker (a las que bautiza con el nombre de «avowal» (*Insight and Illusion*)\*, discierne en ellos dos rasgos: el primero de los cuales es que no son descriptivos, no expresan conocimiento sino que son expresiones naturales e instintivas y el segundo es que no son susceptibles de valores de verdad: no son verdaderos ni falsos. Esta última, la tesis *no cognitiva*, acarrea no sólo diferencias con relación a los verbos psicológicos y a los objetivos («Veo una casa» y «Tengo una casa») sino una particular asimetría, ya señalada, con relación a los mismos verbos atribuidos a la primera y a la tercera persona. En Z, p. 472, establece la diferencia sobre la base de que las frases de tercera persona se verifican mediante la observación y son informativas, mientras que los de primera persona son ajenas a la verificación y ostentan particularmente la condición de expresiones. En efecto, sabemos que él tiene dolor porque se queja, y si bien la idea que prevalece en Wittgenstein, según vimos, es que no tiene sentido la pregunta «¿cómo sabes que tiene dolor?». sin embargo en BB, p. 68, la respuesta es «Porque lo siento». Es claro que se apresura a señalar que «Lo siento» equivale a «Lo tengo» y no constituye, por ende, explicación alguna.

Según se ve, no puedo acceder al dolor del otro porque enfrento un límite insalvable, un límite colocado más allá de toda experiencia de tal suerte que mi reconocimiento de su dolor no puede ser más que meramente subjetivo sin alcanzar nunca la certeza de la objetividad. No hay certidumbre en la captación de los estados mentales de los demás, es una barrera que no se puede franquear sin más ni más, es una imposibilidad psicológica claramente expresada ya en la tragedia *Ricardo III* de Shakespeare que pone en labios de Bukinham las palabras: «Cada cual conoce el rostro de otro, pero de nuestras intenciones él no conoce más de las mías que yo de las vuestras». Hay en ambos casos diferentes juegos del lenguaje, de suerte que a la

luz de la gramática se esclarece la diversidad de aplicaciones que tiene la noción de *identidad*, usada habitualmente en el lenguaje filosófico sin reparar en su uso equívoco. No se puede, en consecuencia, aplicar sin más ni más la identidad con independencia de la condición de los objetos o experiencias.

Tras los análisis de Wittgenstein podemos establecer *tres casos* bien diferenciados con relación a la aplicación de la *mismidad*. a) Referida a los objetos materiales no esconde ningún problema la justificación de su identidad, como es el caso cuando digo que me siento ahora en la *misma* silla que me senté ayer. Esta aplicación es la del lenguaje corriente y no ofrece aristas problemáticas. b) Pero esta mismidad se resiste por su condición equívoca cuando nos enfrentamos, según vimos, con la identificación de colores. ¿Diremos acaso que el verde de esta hoja es el *mismo* verde de este lápiz o que en realidad son colores distintos? Decimos que un color puede estar en diferentes lugares, pero en realidad no es el *mismo*. La mismidad no es aplicable a los colores como es aplicable a los objetos materiales, y esto ya no coincide con el uso del lenguaje ordinario, para el cual la identidad del nombre justifica la identidad de lo nombrado. c) Los actos mentales, los datos sensibles tampoco son susceptibles de acoger la determinación de la identidad. Nadie *ve* el *mismo* color que yo, nadie tiene el dolor que tengo yo debido al hecho de que los estados mentales son privados.

«Decir “los datos sensibles son privados” proporcionaría una regla gramatical: no debes decir “tengo el mismo dato sensible que él” y, por tanto, tampoco decir “tengo un dato diferente al suyo”». (SD, p. 296).

Es esta última cuestión sobre la cual se ha entregado con tenacidad la inquisición filosófica de Wittgenstein afrontándola desde distintas perspectivas: ¿cómo saber entonces que él ve el color que ve, cómo saber que él tiene dolor de muelas? Esta cuestión se vincula con el uso del lenguaje y con la conducta, en cuanto podemos pensar que él tiene dolor por las expresiones de su cuerpo, pero este tema requiere análisis que van más allá del objetivo de estas páginas. Y en medio de esta dificultad aparece el problema de la *imaginación* como presunto apoyo para el conocimiento de los estados mentales del otro. El problema finca en la posibilidad y sentido del imaginar el dolor de otro o su ver un color determinado. No tiene el mismo sentido imaginar que yo tengo su dolor que imaginar que tengo la moneda que él tiene. «Tener» es usado en sentido completamente diferente cuando hablamos de «tener un dolor» y «tener una moneda». Se muestra ya la fecundidad de la gramática porque va configurando lo que podemos llamar una especie de *diferenciación categorial* de los términos o conceptos comunes, como «yo», «mismo», «tener», al mismo tiempo que muestra el valor heurístico de la imaginación. Acaso podamos generalizar estas observaciones de Wittgenstein señalando que en esta estructuración categorial están en juego sentidos diferentes de un mismo término cada uno de los cuales conduce a interpretaciones filosóficas muy alejadas entre sí, como la que separa el «yo subjetivo» del «yo objetivo». En esta misma línea de pensamiento, aclaratoria de la labor

esclarecedora de la gramática, se halla el siguiente texto:

«“Una mesa no piensa” no es equiparable a una expresión como “una mesa no crece”. No sabría en absoluto cómo sería el caso de que “una mesa pensara” (Z, p. 129).

«Sólo se habla de pensar en circunstancias muy especiales». (Z, p. 130).

El que no sean equiparables significa que tras la apariencia de idénticas estructuras sintácticas, tras la clara homeogeneidad de su gramática superficial hay diferencias que sólo la gramática profunda puede poner en evidencia. Sé en que consistiría que una mesa creciera porque puedo pensar que por determinados procedimientos aumentara su volumen sin que por ello se alterase la condición de mesa y de su pertinente utilidad. Pero no puedo saber en qué consistiría el que la mesa pensara y tuviera todos los atributos del pensar sin que se alterara por ello su condición de mesa. El pensar, en efecto, sólo se da en determinadas circunstancias, en el reflexionar, en la comunicación inteligente, en la comunicación dialógica, y en ninguna de estas situaciones cabe insertar la posibilidad de una mesa pensante. Se va aquí claramente la necesidad de apelar a los *criterios* para legitimar el uso de las palabras. En el caso del «pensamiento» son, entre otros, los señalados y la gramática de cada palabra los especifica en cada caso, tal es lo que ocurre con «la gramática de “ajustar”, “poder”, “entender”, casos en los cuales (IF, p. 182) se ve claramente el sentido de la gramática referente a los distintos criterios para el uso de las expresiones».

Ahora bien, la gramática —superficial y profunda— se vincula estrechamente con el uso de las expresiones, lo cual confiere a éste un papel central en la configuración de la gramática como metafísica, según lo que apuntaremos más adelante. Uso y gramática hermanados forman una de las bases sobre las cuales se asienta el pensar filosófico de Wittgenstein. Una de las consecuencias filosóficas que la gramática profunda de las expresiones de verbos psicológicos trae consigo —y sobre la cual aquí hago una ligera observación— es la negación de la posibilidad del lenguaje privado y del cartesianismo, pues como señala Hacker (II, p. 279) la asunción de la tesis cartesiana que adjudica valor cognitivo a los «avowals» conduce inevitablemente al escepticismo respecto de la posibilidad del conocimiento de la mente de los otros.

### 5. Arbitrariedad

Si la gramática describe el uso de las palabras en el lenguaje, si el significado de una palabra reside en la gramática y el lenguaje es tributario de juegos diferentes, a la diversidad de estos corresponderán diferentes construcciones gramaticales. Y en esto reside la tesis fuerte de Wittgenstein acerca de la *arbitrariedad* de la gramática. Como las reglas del juego son arbitrarias también son arbitrarias las reglas de la gramática, y esta afirmación encierra consecuencias decisivas para una interpretación metafísica de la realidad, según veremos ¿Qué relación hay entre gramática y reali-

dad? Este es el problema filosófico central que la gramática plantea y no parece haber siempre una clara —sino más bien ambigua— respuesta de Wittgenstein. Hay más, la *autonomía* constituye el otro costado definitorio y ambos —arbitrariedad y autonomía— se enlazan con los problemas de naturaleza metafísica.

«La gramática no tiene que rendirle cuenta a ninguna realidad. Las reglas gramaticales determinan el significado (lo constituyen) y, de esa manera, no son responsables de ningún significado siendo también en esa medida, arbitrarias». (*Gramática Filosófica*, Parte X, p. 133).

«Las reglas de la gramática son arbitrarias en el mismo sentido en que lo es la elección de una unidad de medida. Pero esto puede significar únicamente que esa elección es independiente de la longitud del objeto de medida y que la elección de medida no es “verdadera” ni “falsa” a la manera en que un enunciado de longitud es verdadero. Por supuesto, eso es solamente una observación acerca de la gramática de la expresión “unidad de longitud”». (*GF*, Parte I, X, p. 133).

Las reglas de la gramática son arbitrarias exactamente en el mismo sentido en que lo es la elección de una unidad de medida. Y es claro que la elección de la unidad de medida, al ser arbitraria, esto es, independiente de la longitud del objeto, no puede ser caracterizada ni como verdadera ni como falsa. Las reglas de la gramática, en consecuencia, no pueden justificarse apelando a ninguna vinculación posible con la realidad, su autonomía no parece resistirse aun en el caso de los colores primarios cuya independencia del lenguaje parece firmemente establecida. Como dicen Baker and Hacker

«en general los métodos de medición proporcionan un caso especial y fructífero para iluminar la tesis de la autonomía de la gramática». (*Understanding and Meaning*, p. 284).

En efecto, un sistema que define unidades de medida puede ser útil o no, pero en ningún caso susceptible de verdad o falsedad. La utilidad de la unidad de medida no depende de su propia índole sino del uso o propósito para el que se la destina.

También en el caso de la modalidad —tradicionalmente decisivo para la metafísica— se advierten las consecuencias de la arbitrariedad de la gramática, impuesta por los juegos del lenguaje. De esta manera la idea de lo *posible* no exhibe su condición independientemente de sus contextos peculiares.

«Depende enteramente de nuestra gramática a qué puede llamarse posible y a qué no; a saber, lo que esa gramática permite». (*GF*, p. 82).

«Cuando alguien dice “Si nuestro lenguaje no tuviera esta gramática, no podría expresar estos hechos” hay que preguntarse lo que significa aquí “podría”». (*IF*,

p. 497).

«¿O sea que depende enteramente de nuestra gramática a qué se llama (lógicamente) posible y a qué no, a saber, precisamente lo que esta admite?». (IF, p. 520).

## 6. Gramática y metafísica

Ya estas referencias a lo posible ponen en la pista de la estrecha vinculación de la gramática con la metafísica a la luz de la larga y complicada historia de la modalidad, adscripta aquí al lenguaje, pero con fuertes connotaciones ontológicas en Aristóteles y en variadas direcciones filosóficas. Hay, conforme con esto, textos inequívocos acerca del papel de la gramática como configuradora de la visión metafísica de la realidad. Por ello el problema fundamental que se plantea es: ¿cuál es el límite —si lo hay— de esta estructuración metafísica de la gramática? Hay algunos aspectos de la realidad, reacias al papel configurador del lenguaje? Hasta donde llega esa «nube de filosofía condensada en una gotita de gramática» (IF, I, XI, p. 507). Creo que es menester reconocer la *ambigüedad* de las respuestas de Wittgenstein, cosa no difícil de corroborar acudiendo a textos de una y otra índole.

### 6.1. Dos respuestas

A) *El lenguaje determina a la ontología.* El examen de textos contrapuestos permite constatar dos posiciones referentes al problema metafísico de la relación de la gramática con la realidad. Una afirma el papel configurador de la gramática y la segunda implica la determinación de ésta por la realidad o los hechos naturales. Si no se lleva a cabo este cotejo se tendrá a una visión fragmentaria del enfoque metafísico de nuestro filósofo. Por ello, juzgo unilateral la posición de Hacker y Baker, cuando afirman

«No hay estructuras metafísicas inefables. Lo que en el *Tractatus* parecían ser pseudoproposiciones de la esencia son “meras proposiciones gramaticales”, reflejos no de la estructura de la realidad sino de las reglas gramaticales. Como no dicen nada no se presentan en explicaciones legítimas, aunque estas explicaciones nos lleven a reconocer estas proposiciones gramaticales como lo que son».<sup>3</sup>

A favor de la primera de las tesis —junto a la ya aludida configuración lingüística de la modalidad— se halla la idea del valor filosófico de la gramática, elevada a la condición de ontología, claramente expresada en la afirmación «Qué clase de objeto

<sup>3</sup> G.P. Baker and P.M.I.S. Hacker: *Wittgenstein. Understanding and Meaning*, The University of Chicago Press, 1980, Volume I, p. 529.

es algo lo dice la gramática. (La teología como gramática)». (*IF*, p. 373). Los modos de entender a los objetos, de interpretarlos e insertarlos en contextos diferentes dependen del uso de las reglas en los variados juegos del lenguaje. La concepción del sol entre los incas y los griegos era, en cada caso, resultado del modo de hablar y de las reglas gramaticales propias de su respectivo juego del lenguaje inserto en una especial forma de vida.

En esta misma línea gramatical se halla el problema de la imposibilidad de que dos colores estén a la vez en la misma superficie y también el relativo a la posible existencia de un quinto color primario. En esta cuestión de los colores, claramente expuesta en el *Tractatus* (6.3751), y en que se hace alusión a la imposibilidad lógica, se ha visto una amenaza a la concepción de las proposiciones elementales, pero en el segundo período Wittgenstein resuelve el problema a favor de una imposibilidad lingüística. Esta imposibilidad cobra posteriormente al *Tractatus* diferente significación: no depende ahora de los hechos, de la naturaleza de los colores sino de convencionales reglas gramaticales. El uso de «color», de «superficie», etc., configura lingüísticamente la mentada imposibilidad; sin dicho uso en efecto, se desvanece la idea de color y con él la formulación de la imposibilidad cromática. Por otra parte, la minuciosidad con que Wittgenstein se aboca a la dilucidación de las reglas referentes a los cuatro colores primarios —presuntamente objetivos, independientes del lenguaje— muestra a las claras que no era tan fácil sostener en este caso la arbitrariedad de las reglas gramaticales. Al final la solución que propone no es convincente porque, por un lado, piensa en la posibilidad o en la concebibilidad de un quinto color primario y, por otra, echa mano de la idea de que a la postre la gramática asocia los colores primarios porque hay entre ellos una especie de semejanza (*GF*, p. 134). Hay que tener presente que en *Z*, p. 358, dice claramente que el sistema cromático tiene algo de arbitrario y algo de no arbitrario.

También advertimos que un destino similar aguarda a la venerable y clásica noción metafísica del ser. En *Remarks on the Foundations of Mathematics* dice que «esencial» no es propiedad de los objetos, sino la marca del concepto y en cuanto a «ser» se ha usado la palabra como «un modo de existencia sublimado y etéreo» (pp. 72 y 73).

B) *La ontología determina a la gramática.* Junto a estos textos, que hacen de la gramática una suerte de metafísica estructuradora de nuestro pensamiento de la realidad, hay textos reveladores en los cuales se pone de relieve que la relación existente entre gramática y realidad supone la independencia de cada uno de los términos de dicha relación.

El siguiente texto es inequívoco:

«Pero la esencia del lenguaje es una figura (*Bild*) de la esencia del mundo y la filosofía como custodio (*Verwalterin*) de la gramática puede de hecho captar la esencia del mundo no sólo en proposiciones del lenguaje sino en reglas para este lenguaje, que excluya combinaciones de signos sin sentido». (*PB*, p. 54).

M. Donald Hudson ha visto la señalada ambigüedad, pero no la desarrolla contentándose con decir que en Wittgenstein es doble la relación entre lenguaje y realidad:

«Por un lado, los hombres son libres en cierto grado en construir la realidad con el lenguaje que usan. Por el otro, los hechos de la naturaleza imponen algunas limitaciones a la extensión de su libertad para hacer eso».<sup>4</sup>

En esta segunda versión, la gramática abandona su condición de configuradora convirtiéndose ahora, en alguna medida, en tributaria de la estructura de la realidad. Ya en *Zettel*, p. 358, según vimos, se dice claramente que el sistema de colores tiene algo de arbitrario y algo de no arbitrario y es claro que esto último —la no arbitrariedad— no puede por menos que adscribirse a las cosas o a la realidad. En consonancia con este pensamiento tocante a la mutua independencia ya aludida se hallan textos como los siguientes:

«La esencia se expresa en la gramática». (*IF*, p. 371).

«Como ocurre con todo lo metafísico, la armonía entre el pensamiento y la realidad ha de encontrarse en la gramática del lenguaje». (*Z*, p. 55).

En el proceso de la *expresión-expresado*, lo último debe ser de alguna manera independiente de la expresión de forma que, conforme a esta relación, la esencia mentada en el primer aforismo ha de exhibir independencia y objetividad. El texto que sigue apunta llamativamente a una nueva dimensión del lenguaje, no por ser ya expresión de la realidad sino por constituir, con ecos declaradamente kantianos, las condiciones de posibilidad de la comprensión de la realidad. Al concepto clave de la primera interpretación —*expresión*— sucede así la de *condición de posibilidad*.

«Lo que corresponde a la gramática son todas las condiciones (el método) necesarias para comparar la proposición con la realidad. Es decir, todas las condiciones para la comprensión del sentido». (*GF*, IV, p. 45).

De aquí se desprende la independencia de lo real frente a la gramática y en este caso se puede afirmar que, si bien la gramática dice *qué clase de objetos hay*, no dice *que haya objetos* cuya existencia supone. La tarea de clasificar supone la existencia de lo clasificado. A favor de esta interpretación —sin atender en este caso a los reclamos de la idea configuradora de la gramática— J. Marrades Milet, partiendo de la gramática de las expresiones de las vivencias sostiene que para Wittgenstein la gramática no es independiente del mundo y, por tanto, que nuestro sistema conceptual no es arbitrario sino que depende del modo de ser del mundo y de las orientaciones de

<sup>4</sup> W. Donald Hudson: *Wittgenstein and Religious Belief*, London, MacMillan, 1975, p. 64.

nuestras propias vidas. Esgrime, entre otros, el siguiente texto y la idea, contenida en él, de que si los hechos naturales generales fueran distintos serían también distintas la formaciones conceptuales usuales.

«Si la formación de conceptos se puede explicar a partir de hechos naturales, ¿no nos debería interesar entonces, en vez de la gramática, lo que subyace a ella en la naturaleza?». (*IF*, II, p. 12).

En consonancia con esto y a propósito de las vivencias, sostiene Marrades<sup>5</sup> que

«de hecho reconocemos ciertas pautas de conducta características de los seres humanos, como conceptualmente asociadas a aquellas vivencias y acciones. Ello equivale a afirmar que nuestros conceptos acerca de determinadas vivencias y acciones no son enteramente convencionales, sino que tienen un componente natural».

Otro testimonio de la misma interpretación está representado por las palabras de Hacker:

«No es sólo, por supuesto, la constancia en la naturaleza exterior la que condiciona nuestras formas de representación sino también la constancia de la naturaleza humana. Cambios en nuestra fisiología y psicología causaría u ocasionaría cambios conceptuales». (*II*, p. 170).

Y esto significa que si el comportamiento humano (*Z*, p. 351) no fuera regular y relativamente uniforme, no existiría la posibilidad de aplicar los conceptos psicológicos.

También J.L. Gil de Pareja pone énfasis<sup>6</sup> en la idea conforme a la cual el mundo, los hechos naturales, la realidad, las formas de vida, las formaciones extralingüísticas, determinan el lenguaje: «Así Wittgenstein prima lo dado —“los hechos generales de la naturaleza” y “las formas de vida”— frente a lo construido: la estructura conceptual del lenguaje».

Queda de esta manera claramente perfilada la idea de que la gramática no es independiente de lo que ocurre en el mundo, y, en consecuencia, cabe decir que queda anulado o menguado su papel de forjadora de una visión metafísica del mundo. Acaso la observación de que la gramática constituye *condiciones de posibilidad* de comprensión del mundo (*GF*, p. 45) ofrezca, a la manera kantiana, una solución mediadora, pero no hay elementos suficientes para apuntalar tal interpretación.

En definitiva, la cuestión insoslayable, ante las dos ideas antagónicas de Wittgenstein acerca de la relación de la gramática con el mundo, estriba o bien en recono-

<sup>5</sup> Jilián Marrades Milett: «Gramática y Naturaleza Humana», en *Acerca de Wittgenstein*, ed. Vicente San Félix Vidarte, Valencia, Universidad de Valencia, 1993, p. 99.

<sup>6</sup> J.L. Gil de Pareja: *La filosofía de la psicología de Ludwig Wittgenstein*, Barcelona, PPU, 1992, p. 46 ss.

cer la mayor gravitación en el pensamiento wittgensteiniano de la una sobre la otra, o bien en abandonar el propósito de armonizarlas y asumir plenamente su ambigüedad, nada insólito, por lo demás, en el amplio despliegue de su filosofía.

### Abreviaturas

- IF *Investigaciones Filosóficas*  
 Z *Zettel*  
 BB *Blue and Brown Book*  
 CV *Ludwig Wittgenstein y el Círculo de Viena*  
 SD *The Language of Sense Data and t Private Language*  
 GF *Gramática Filosófica*  
 PB *Philosophische Bemerkungen*

### Bibliografía

- Friedrich Waismanon: *Ludwig Wittgenstein y el Círculo de Viena*, trad. de M. Arboli. Fondo de Cultura, México, 1973.  
 —Wittgenstein: *Investigaciones Filosóficas*, trad. de A. García Suárez y U. Moulines, UNAMA, 1988.  
 —: *Zettel*, trad. de O. Castro y U. Moulines, UNAMA, 1979.  
 —: *The Blue and Brown Books*, N. York, 1965.  
 —: *The Language of Sense Data and Private Experience*, en Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Occasions 1912-1951*, edited by J. Klagge and A. Norman, Cambridge, Hackett Publishing, 1993.  
 —: *Remarks on the Foundation of Philosophy of Mathematics*, translated by G.E.M. Anscombe, Massachusetts Institute of Technology, 1967, p. 293.  
 —: *Philosophische Bemerkungen*, Band 2, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1964.

\* P.M.S. trata detalladamente el problema de los «avowals», su análisis y crítica, y la relación de la gramática con la metafísica en los capítulos VI y IX de su obra, consagrada al pensamiento de Wittgenstein, *Insight and Illusion*, Oxford University Press, 1975.

\*\*\*

Roberto Rojo  
 Universidad Nacional de Tucumán  
 Alberdi 794  
 4000 Tucumán (Argentina)